

Del esoterismo al *marketing*: aproximaciones en torno a los archivos de la Comintern

From Esotericism to Marketing: Approaches to the Comintern Archives

Daniel Kersffeld

Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.

Posdoctorado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Correo electrónico: dakersffeld@hotmail.com

Fecha de recepción: marzo 2011

Fecha de aceptación: julio 2011

Resumen

La apertura de los archivos pertenecientes a la Internacional Comunista significó un replanteamiento en torno a la historia de los partidos comunistas, particularmente con relación a su surgimiento y consolidación, sus debates y conflictos internos y su vinculación, no siempre armoniosa, con Moscú. Asimismo, el análisis de este importante acervo documental, como un protagonista prácticamente soslayado en los relatos oficiales y en las memorias institucionalizadas, posibilita una nueva mirada en torno a la historia del siglo XX y especialmente a la historia de los Estados latinoamericanos. En el presente artículo se señalan algunos aspectos básicos sobre la interpretación que actualmente se viene realizando sobre estos archivos, así también sobre ciertos elementos que deberían ser tomados en cuenta para la conformación de una futura agenda de análisis en torno a la historia de los partidos comunistas.

Palabras clave: archivos, Comintern, partido comunista, memoria, Latinoamérica.

Abstract

The opening of the archives of the Communist International meant a new analysis of the history of communist parties, especially in relation to their rise and consolidation, their debates and internal conflicts, and their ties, not always harmonious, with Moscow. At the same time, the analysis of this important trove of documents, as a protagonist all but ignored in official stories and in institutionalized memories, made possible a new gaze at the history of the 20th century, especially the history of Latin American states. This article points out a number of basic aspects as regards interpretation of these archives currently underway, as well as certain elements that should be taken into account in the creation of a future agenda for analysis of the history of communist parties.

Key words: archives, Comintern, communist party, memory, Latin America.



¿Qué fue la Comintern?

La Internacional Comunista (de manera alternativa denominada como Komintern, Comintern o directamente, Tercera Internacional) nació en marzo de 1919 como un intento deliberado, por parte de Moscú, de expandir alrededor del mundo la ideología comunista: el objetivo no era otro que el de replicar el modelo soviético, favoreciendo así la constitución de regímenes socialistas y revolucionarios. La Comintern fue creada por tanto como una suerte de organización revolucionaria de carácter mundial a partir de la coordinación de los partidos comunistas que se iban fundando y esparciendo por los más diversos países; quizás, como uno de los efectos más trascendentales a nivel internacional de la Revolución de Octubre de 1917.

Hasta su disolución en mayo de 1943, la Comintern desempeñó un papel de fundamental importancia en la definición y posterior estructuración de los partidos comunistas latinoamericanos. Su labor como organismo rector estuvo dirigida, en principio, a incentivar y a fomentar las condiciones ideológicas en las estructuras nacientes dentro de la izquierda y del movimiento obrero. Más tarde, se destacaría como el canal privilegiado y responsable del total alineamiento con las órdenes provenientes de la cúpula del partido en Moscú. Aunque la Comintern adquirió una mayor visibilidad, sobre todo, a fines de la década del veinte, en momentos en que la crisis capitalista originada en *Wall Street* pareció imprimirle velocidad a las concretas e imaginarias condiciones revolucionarias de este amplio y todavía desconocido rincón del mundo, en realidad su presencia resultó constante desde el mismo momento en que aparecieron los primeros partidos comunistas latinoamericanos, en Argentina y México, ya sobre el final de la Primera Guerra Mundial.

A lo largo de una existencia de cerca de 25 años, la Comintern funcionó como un aparato de una notable densidad y complejidad. Dentro suyo operaba un gran y variado conjunto de engranajes, progresivamente irradiados a los más diversos confines del globo, cuyo centro radicaba en la capital soviética, convertida en las primeras horas de la Revolución y para un creciente número de militantes, adherentes y seguidores en La Meca de un nuevo y moderno credo laico, aunque no por ello menos contagiado de elementos místicos y espirituales.

La Internacional Comunista se caracterizó también por albergar a una gran cantidad de funcionarios de todo tipo: los famosos *aparatchik*, dedicados tanto por su experiencia como por su práctica militante, ya sea a la prensa, la agitación, la propaganda, la realización de tareas clandestinas, el manejo de recusos, la falsificación de pasaportes, etc. Junto a ello, una indefinida tropa de dirigentes políticos, militares, intelectuales, analistas, cuadros y espías daba vida a un cuerpo de bordes indeterminados y que para la Unión Soviética llegaría a representar las veces de una auténtica diplomacia, aunque siempre paralela y en las sombras. Por las características de su verdadera labor, y por su presencia oculta y clandestina, no resultó casual que un per-

manente halo de misterio recubriera su propia existencia: la Comintern terminaría entonces convirtiéndose en una organización fantasma, superpuesta o directamente integrada a los partidos, si bien sus actividades y directivas no siempre resultarían de conocimiento para los propios militantes y adherentes comunistas.

Desde principios de los años noventa, la apertura de los archivos de la Comintern, más conocidos como los Archivos de Moscú¹, implicó una redefinición acerca de lo que hasta el momento se conocía sobre la historia del movimiento comunista en América Latina, como también de la labor de los historiadores y, en general, de los investigadores dedicados a las ciencias sociales y humanidades. En este sentido, el abrupto final de la Unión Soviética en 1991 tuvo, entre sus variados efectos y consecuencias, la puesta a la luz pública de una extensísima, variada y dispar documentación; principalmente sobre la Comintern, aunque también respecto a los partidos comunistas de todo el mundo y, en general, sobre una inmensa cantidad de organizaciones políticas, sindicales, culturales y estudiantiles más allá de sus tendencias conservadora, radical o moderada.

La mirada sobre el movimiento comunista latinoamericano, ya no ceñida exclusivamente a la interpretación sobre los partidos y sus entidades asociadas, ha tendido a enriquecerse en la variedad, el diálogo y la crítica. Se ha podido alcanzar así un esperanzador contraste con aquella otra visión, hasta ahora prevaleciente en las ciencias sociales, en la que la defensa o el ataque definían no sólo la vida política de estas organizaciones sino también las distintas formas en que, para fines analíticos e interpretativos, su historia venía siendo recuperada en el presente. En este sentido, sería falsa la afirmación de que los archivos sobre el comunismo latinoamericano sólo se reducen a detallar la historia de un conjunto de organizaciones de las que, en rigor y hasta ahora, se tenía un conocimiento escaso y, sobre todo, muy parcial. Por otra parte, y más allá del conocimiento que nos brinda sobre las organizaciones comunistas, los Archivos de Moscú son útiles para profundizar en el análisis de las respuestas del Estado y, en general, de los regímenes gobernantes latinoamericanos en su confrontación con una fuerza que desde un inicio se presentó públicamente como una hendidura política dentro del orden establecido.

Algunas derivaciones interpretativas del comunismo

Los Archivos de Moscú, abiertos desde 1992 a la consulta de especialistas y del público en general, se caracterizan por la amplia variedad de los documentos allí contenidos, generalmente, de primera mano: informes de situación política elaborados por cuadros destacados en distintos lugares, correspondencia entre dirigentes de un mismo

1 En realidad, Archivo Estatal y Ruso de Historia Sociopolítica, RGASPI por sus siglas en ruso y, anteriormente, Centro Ruso de Conservación de Documentos para la Historia Contemporánea.

país o de diferentes países, síntesis de reuniones partidarias, memorándums y documentos oficiales de distinto tipo y de circulación interna, ya sea dentro de los partidos como también entre los aparatos y estructuras que conformaban el complejo espacio de la Comintern. No resulta casual, en este sentido, que la información contenida en dichos documentos termine por complementar aquellas “versiones oficiales” construidas por los distintos partidos comunistas a lo largo de su existencia, aunque también, en varias ocasiones, pueda en cambio resultar contradictoria con las mismas.

Tal disparidad de versiones, donde se entrecruzan relatos muchas veces opuestos ya sea como intercambio de opiniones o directamente en la conformación de discusiones y debates, nos refiere a todo un período inicial en la vida de las entidades comunistas en el que preponderaba el espíritu crítico no tan sólo frente al capitalismo sino también respecto a las formas y sentidos organizativos tradicionales. Los Archivos confirman así la impresión sostenida de que, por lo menos hasta mediados de la década de los treinta, cuando ya estaba casi completo el proceso de estalinización en el mundo comunista, todavía prevalecía en los partidos y organismos colaterales un espíritu amplio y, en el caso latinoamericano una línea política no siempre controlada desde Moscú. Es así que gracias a este material, especialmente cartas entre dirigidos como también diarios y actas de sesiones del partido, se pueden percibir las resistencias del Partido Comunista (PC) argentino, a principios de los veinte, para formalizar una alianza con el Partido Socialista, contradiciendo de ese modo la estrategia de frente único propulsada desde Moscú. También se registran las dudas del PC mexicano, todavía influenciado por el anarquismo para adoptar, por aquella misma época, un lineamiento parlamentario sin caer en el electoralismo que tanto criticaba de las agrupaciones burguesas².

Por tanto, el primer elemento con el que los historiadores se encuentran al acceder a esta importante fuente documental tiene que ver, justamente, con toda la diversidad del mundo comunista. Se enfrentan con una multiplicidad de voces discordantes que no hacen sino aumentar la complejidad y disparidad de un movimiento que, sin embargo, mantuvo como premisa determinante: su adhesión a la Revolución de Octubre y al sistema soviético emanado de ella.

De ahí que, sin caer en aquellas posturas ingenuas que imaginaron que en los Archivos se encontraría toda suerte de “verdades reveladas” para al acontecer político de la región, debemos analizar al comunismo como una totalidad, con sus ambigüedades así como también con sus propias contradicciones. La adopción de múltiples miradas sobre realidades y discursos diferentes (y hasta alternativos) al modelo hegemónico que buscaba imponerse desde Moscú permite al historiador alejarse críticamente de aquellas visiones, popularizadas sobre todo durante la Guerra Fría, que

2 Para analizar los disensos y conflictos suscitados entre la Comintern y los Partidos Comunistas de Argentina y México ver Vargas, 1999 y Spencer, 2009.

de manera simplista y reduccionista hicieron ver al sistema comunista-estalinista como meramente ‘totalitario’, colocándolo además en un pie de igualdad con los regímenes de ultraderecha imperantes en Alemania e Italia por aquel mismo tiempo³. En este sentido, es necesario establecer un equilibrio crítico hacia los Archivos de Moscú, rechazando el falso objetivismo de aquellas lecturas positivistas que pretenden ver en éstos un único reservorio de la verdad y la memoria histórica del comunismo ruso e internacional. Más allá de su indudable importancia, estos documentos deben, por tanto, ser complementados con todo otro conjunto de fuentes históricas e historiográficas tales como las entrevistas a viejos militantes y dirigentes, el relevamiento de la prensa partidaria, el análisis de los archivos del partido, etc.

Por otra parte, y más allá del cambio de época, tampoco debemos soslayar que el estudio del comunismo sigue siendo todavía hoy un espacio de confrontaciones políticas, pese a la desaparición del bloque soviético hace ya dos décadas. Aun con la aparente muerte del comunismo (sólo mantenido con vida en modelos tan diferentes como el chino o el cubano) es factible comprobar la demonización de la que todavía es objeto no sólo en el debate político sino, más aún, en el campo humanístico e historiográfico. Con todo, esta mirada prejuiciosa y reprobadora, sobre todo por parte de aquellos historiadores situados dentro de la corriente liberal, no ha sido nueva ni exclusiva de estos primeros años del siglo XXI.

Según refiere el historiador italiano Enzo Traverso, fue a partir de la década de los treinta, pero sobre todo durante la Guerra Fría, que el régimen soviético comenzó a ser caracterizado como “totalitario”, por sus claras diferencias con las democracias occidentales pero también por su creciente pugna de poder con los Estados Unidos. La violencia y el autoritarismo creciente del estalinismo fueron así interpretados como un reflejo exacto de la condición de la Unión Soviética como “régimen criminal”, en términos casi idénticos a la lectura que por aquel mismo tiempo se realizaba sobre la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Esta visión negativa se intensificaría con el correr de los años y, particularmente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando tanto los opositores al fascismo como a la izquierda contraria a Stalin popularizaron sus críticas al comunismo soviético. En todo caso, la alianza entre Berlín y Moscú suscrita en 1939 no hizo sino ratificar la condición presuntamente “totalitaria” del estalinismo, proporcionando así una nueva resonancia al ataque impulsado por León Trotski desde 1936 con la publicación de su conocida obra de denuncia *La revolución traicionada*.

Es hacia fines de los años cuarenta y a lo largo de las siguientes dos décadas, cuando el concepto de “totalitarismo” se convierte en hegemónico para describir al sistema opuesto al conocido como “mundo libre”, es decir, Occidente. Paralelamente, un

3 Un papel no menor en la asociación de estos conceptos políticos fue el desarrollado por la filósofa política Hannah Arendt, exiliada en los Estados Unidos ante la irrupción del nazismo en Alemania y autora del célebre ensayo de 1951 *Los orígenes del totalitarismo*.

destacado conjunto de soviólogos, de entre los que pronto se destacaría Zbigniew Brzezinski, se encargó de sacar rédito de sus enclaves académicos y de sus inocultables lazos con el *establishment* político estadounidense, difundiendo la caracterización del sistema comunista como cerrado, policial y autoritario, en una exitosa imagen que sería luego infinitamente reproducida por los medios masivos de comunicación.

Con todo, esta popular interpretación comenzó a ser impugnada a partir de 1968 por una nueva generación de analistas de la sociedad y la política soviéticas, interesados en el estudio de los elementos teóricos de la ideología comunista, así como también en las diferencias entre el leninismo y el estalinismo. Interés que llevaron a cabo sin dejar de lado aquellos aspectos de la política y la economía suscitados en torno al problema de la eficacia en los aparatos estatales, la complejidad derivada de la colectivización forzosa, etc. Pese a los esfuerzos de esta nueva generación de analistas e intérpretes, la anterior conceptualización totalitaria volvería a surgir en Francia, durante la segunda mitad de los setenta, con la publicación de *Archipiélago Gulag*, la conocida obra de denuncia escrita por Alexander Solzhenitsyn, y con la aparición pública de disidentes originarios, sobre todo, de los países soviéticos de Europa Oriental (Crespo, 2007).

Desde la caída del bloque comunista e impulsado por círculos académicos e intelectuales, se asistió a una progresiva reutilización del concepto de “totalitarismo” para definir la supuesta esencia de la Unión Soviética. De este modo, y en trabajos como *El fin de la historia*, del estadounidense Francis Fukuyama, y *El pasado de una ilusión*, del francés Francois Furet, se abordó esta identificación como clave de lectura válida para todo el siglo XX, asumiéndose paralelamente la imagen ya indiscutible de un “Occidente victorioso”.

Ya en los noventa, una vez desaparecida la Unión Soviética, se produjo tanto una urgencia mediática como una premura, por parte de los dirigentes de los partidos comunistas sobrevivientes, por conocer (y, eventualmente, también publicitar) el contenido de los ya enigmáticos acervos. Fue sin embargo inevitable la decepción al no ser encontrados aquellos secretos “guardados bajo siete llaves” que, supuestamente y desde una óptica más pasional que científica, debían haber nutrido los intersticios institucionales de la Comintern.

Una vez pasado el furor de la moda, lo que siguió fue el análisis, pretendidamente académico en algunos casos, donde lo que imperaba era en cambio una visión absolutamente política y demonizadora. En este sentido, trabajos como *El Libro Negro del Comunismo*, de 1997, se sirvieron de los Archivos de Moscú y, subsidiariamente, de los de la KGB y los órganos policiales y de vigilancia de la Comintern, para dar cuenta de la derrota del régimen soviético. En tales trabajos la lectura triunfalista era evidente cuando se señalaban las atrocidades y vejámenes cometidos por el estalinismo, considerado a la vez, núcleo duro del marxismo y anuncio de un sistema que, de antemano, estaba condenado a su propia desaparición.

Sin embargo, justo es destacar que no todas las miradas vertidas sobre la historia del comunismo, ya en la era postsoviética, manifestaron este tenor negativo. Se constituyeron así distintos proyectos e investigaciones, promovidos desde universidades estadounidenses y europeas, sin tanto aparato publicitario por detrás pero con una muy alta conciencia del valor que albergaban los ‘archivos secretos’⁴. No fue casual que dichas universidades y centros académicos (muchos de ellos conformados *ad hoc*) hayan sido los primeros en adquirir el material, prácticamente subastado al mejor postor en una nueva Rusia urgida de capitales. Así, los viejos Archivos de Moscú, símbolo de toda una época de lucha contra el capitalismo, se convirtieron por obra y gracia de la academia occidental, en uno de los máximos ejemplos de mercantilización y monopolización del conocimiento⁵.

Los Archivos en América Latina

En América Latina, el derrotero seguido por los Archivos ha sido diferente en cada caso, dependiendo de distintos factores, como el interés manifestado por las instituciones académicas, por las facilidades para comprar y traer todo el material (o parte de él), así como también por el grado de apertura para la consulta por parte de investigadores particulares. Un aspecto no menor fue, asimismo, el interés manifestado por los dirigentes de los partidos comunistas o, eventualmente, por sus organizaciones herederas, para recuperar el material que alguna vez tuvo a sus antecesores como testigos privilegiados o directamente como protagonistas.

La multiplicidad de caminos recorridos por este acervo se refleja, por ejemplo, en el caso de México, donde comenzaron a ser recuperados documentos desde 1993, a partir de una iniciativa desplegada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y, particularmente, por la historiadora Rina Ortiz Peralta, adscrita a la Dirección de Estudios Históricos y comisionada para esta tarea. Actualmente, dicho material se encuentra microfilmado en la biblioteca Manuel Orozco y Berra, de la sede de la Delegación Tlalpan del INAH, en el Distrito Federal, y su consulta es abierta y gratuita.

También en Argentina es factible indagar en los Archivos sin ningún tipo de restricción. Allí el material rescatado de Moscú fue ordenado por el periodista e historiador de las izquierdas Emilio Corbiere, prácticamente al mismo tiempo que en México. Actualmente, los Archivos de Moscú pueden ser consultados en la Biblio-

4 Una de las principales referencias, en este sentido, es la prestigiosa publicación electrónica *The International Newsletter of Communist Studies*, que hasta el momento y desde principios de los años noventa, lleva editados 23 números.

5 En este sentido, uno de los casos más interesantes es el de la empresa RusAR, de capitales rusos y alemanes, propietaria del sitio <http://www.comintern-online.com>, en donde previo pago de un arancel se puede consultar un amplísimo número de documentos de la Comintern.

teca del Congreso Nacional (donde de hecho, Corbiere procesó todo este material), existiendo copias en diversas instituciones como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (CEDINCI), la Unidad de Información del Centro Cultural de la Cooperación y la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Respecto a Cuba, el material fue llevado a la Isla en dos partes: una primera, a cargo de la historiadora Aleida Plascencia en el año 1979, cuando de hecho todavía existía la Unión Soviética; una segunda, por el historiador y filósofo Orlando Cruz Capote en 1996. Actualmente, este acervo documental se encuentra en el Instituto de Historia de Cuba, aunque su consulta es altamente restringida, permitida únicamente a aquellos especialistas que cuentan con un permiso especial otorgado por el propio Partido Comunista Cubano.

Finalmente, con relación a Ecuador, sabemos que al menos una parte de los materiales de la Comintern existe en posesión de historiadores particulares luego de que algunos dirigentes históricos, como César Endara, los recuperaran directamente en Moscú, una vez desaparecida la Unión Soviética⁶. Sin embargo, en la actualidad, quienes con más rigor han estudiado la relación entre la Comintern y el Partido Comunista Ecuatoriano son historiadores extranjeros, como los rusos Lazar y Victor Jelifets (2004) y el estadounidense Marc Becker (2008).

Historia e historiografía

Pese a que su consulta todavía constituye un hecho reciente, de la que todavía no podemos realizar una evaluación certera sobre sus diferentes aspectos científicos y culturales, sí podemos afirmar que a nivel historiográfico, la apertura de los Archivos de Moscú se manifestó en importantes y múltiples sentidos. Más aún si tenemos en cuenta que hasta estos últimos años la historia del comunismo, particularmente en América Latina, se desarrolló a través de un muy limitado uso de la documentación existente y finalmente habilitada para su consulta. De ahí que, al ser rigurosamente limitada la historia interna de los organismos comunistas, a los especialistas en este tema les resultó difícil escapar del discurso oficial construido por los partidos, así como también al sentido parcial de los testimonios y de los recuerdos oficializados. Por supuesto, esto no constituyó ninguna opción, sino que se trató de la compleja realidad con la que los investigadores sobre el comunismo debieron lidiar en sus propias indagaciones.

6 César Endara falleció el 1ro. de abril de 2010 a la edad de 104 años. Fue miembro de la camada fundacional del Partido Comunista, secretario general en 1931, en momentos en que esta organización se afilió a la Comintern y una referencia permanente en la historia del PCE. Parte de su archivo personal, compuesto también por documentos de la Comintern, fueron donados al historiador socialista Germán Rodas.

Más allá de las expectativas colocadas en ello como una fuente alternativa de conocimientos, resulta importante tener en cuenta que la lectura del material de la Comintern no siempre ha dado lugar a una realidad evidente y explícita, aun con la impresión de que ésta se construye sobre la verdad y la sinceridad. Por el contrario, y más aún teniendo en cuenta esta apariencia, esta lectura requiere ser formulada desde un plano permanentemente crítico, “fundado sobre todo en el conocimiento de la producción de dichos archivos tales como su procedencia precisa y las modalidades de su producción en el marco de las actividades de la organización” (Wolikow, 2007: 31).

De manera muy particular, los archivos de la Comintern vinieron así a sumarse a los acervos ya existentes sobre la historia del comunismo, y en general, a los de la historia de la izquierda y del movimiento obrero internacional, nutridos a lo largo del tiempo a través de métodos y circunstancias disímiles y no siempre priorizando un original propósito historiográfico⁷. Así, la memoria sobre el comunismo se fue estructurando gracias, en parte, a los archivos que, con un sentido plenamente institucional y por lo general con un acceso limitado, fueron organizados por los propios partidos y entidades comunistas a partir del acopio de diversas fuentes documentales, principalmente, de la prensa partidaria y en ocasiones de diarios y actas de sesiones. Dado el espíritu reservado con el que estos archivos se constituían, a los que ni siquiera los propios militantes tenían acceso, se convierte también en una labor del historiador el tratar de desentrañar el sentido organizativo con el que fueron armados y acrecentados con el tiempo.

Asimismo, es importante constatar la existencia de toda otra masa documental, organizada muchas veces sin mayor sistematicidad, que terminaba funcionando tal como si se tratara de un archivo. Folletos, periódicos, revistas y pasquines formaban parte de todo un subsistema dentro del mundo comunista, el de la prensa militante, no siempre veraz en los datos brindados, ya que por lo general su finalidad era más bien propagandística antes que meramente informativa.

No podemos dejar de mencionar otro tipo de acervo documental, muchas veces dotado de gran cantidad de material aunque por lo general reunido de manera dispersa y sin demasiada sistematicidad: los archivos personales, pertenecientes a viejos militantes y dirigentes. Archivos que suelen caracterizarse por su heterogeneidad y débil estructuración, aunque en ellos se puedan encontrar interesantes notas sobre los mecanismos de funcionamiento interno de la organización junto con correspondencia, diarios personales, fotografías, etc. Resultan importantes, asimismo, las grabaciones sonoras y visuales realizadas por el Partido durante sus primeras décadas de vida y generalmente enfocadas a retratar a militantes destacados, campañas y mani-

7 Para ahondar en los temas de la memoria, el recuerdo y el olvido, recomendamos la siempre estimulante lectura de los trabajos de la socióloga argentina Elizabeth Jelin.

festaciones políticas, junto con los archivos constituidos posteriormente a partir de entrevistas realizadas a los viejos activistas.

Finalmente, son también tenidos en cuenta (sobre todo en casos donde acceder a los archivos comunistas es muy difícil) los archivos generados por la policía y demás cuerpos encargados de reprimir a los militantes de izquierda, sindicalistas, estudiantes e intelectuales. Gracias a la valiosa documentación secuestrada y a las declaraciones emitidas por los activistas capturados, las fuerzas represivas pudieron establecer valiosos archivos que constituyen actualmente una fuente de información inapreciable para todos los estudiosos e interesados en la historia de las izquierdas.

Los sentidos de los archivos comunistas

Por toda su densidad y por la complejidad del material allí domiciliado, el acceso a los archivos se convierte en un fenómeno multidimensional, de gravitación creciente para las ciencias sociales y humanas pero, especialmente, para la historia y la historiografía. Este amplio campo informativo y de conocimientos puede ser interpretado desde diversos ángulos.

Un primer sentido concierne directamente a la historia interna de los partidos y organizaciones comunistas. Como ya se ha visto, este es uno de los aspectos de mayor dificultad para el abordaje de los historiadores y sin mayor reconocimiento académico por parte de la propia disciplina de la historia. En cierto modo, se trata del levantamiento de uno de los tabús históricos más importantes de este tipo de organizaciones, posibilitando así aflojar o más aún anular tensiones y antiguos lazos de dependencia y lealtad al favorecer una expresión más libre y personal por parte de antiguos militantes y activistas. Más allá del análisis de la política seguida por las organizaciones comunistas, la apertura de los Archivos posibilita también el estudio de otras cuestiones como la vida interna de los partidos, los distintos debates y divisiones que surcaron las vidas de sus miembros, las diversas redes que vincularon a las cúpulas con los militantes de base, etc; lo que permite en consecuencia una aproximación mucho más directa hacia lo que podríamos considerar el mundo comunista de la época.

Junto a la anterior dimensión existe también un aspecto externo, centrado en la nueva representación alcanzada por el comunismo una vez producida la desaparición del Bloque Soviético y habilitada la consulta pública de los Archivos de Moscú. En todo caso, este cambio de percepción sitúa al comunismo como un sistema político más, ya sin la pátina de misterio (y, para muchos, de encanto) que logró mantener durante una gran parte de su existencia.

Por otra parte, la consulta a los archivos soviéticos ofrece alternativas a las fuentes de la represión estatal a las que anteriormente hicimos referencia. Los datos obtenidos en dichos procedimientos policiales pueden así ser contrastados con otro tipo

de fuentes, en cuya circulación restringida radicaba su confiabilidad. De manera similar, ofrecen alternativas válidas a los relatos surgidos de testimonios orales por parte de los activistas, abriendo la posibilidad de complementar los datos duros de los documentos con una línea discursiva y absolutamente personal, en donde priman la subjetividad y las emociones. Asimismo, se abren a la lectura pública las condiciones del compromiso militante, hasta ahora apoyadas con relatos convertidos en versiones hagiográficas por parte de dirigentes y cuadros, impugnadoras, en el caso de los expulsados o, simplemente, plenas de desconcertantes silencios y omisiones cuando se trató de los excluidos y raleados de las organizaciones.

El estudio más detallado del espacio comunista y de la Comintern nos da una imagen mucho más compleja de la que hasta ahora poseíamos, suscitando por ende nuevos debates y confrontaciones. Por lo mismo, la ubicación de aquellas fuentes documentales en centros e institutos de difícil acceso da lugar a diverso tipo de problemas, tanto de reproducción como de consulta. Problemas evidenciados en la privatización y la mercantilización de los archivos, que generan obvias desigualdades entre los investigadores del comunismo.

Hacia la construcción de una agenda futura

83

A partir del análisis e interpretación de los Archivos de Moscú es posible trazar la agenda futura de los estudios que deberían llevar a cabo los historiadores del comunismo. Se tiene en cuenta que si bien la construcción de estos objetivos se desenvuelve a partir de la propia inercia investigativa, ésta también lograría fortalecerse en función de la documentación disponible y de las inquietudes intelectuales contemporáneas que cruzan, a un mismo tiempo, a los ámbitos científico y político. Para desarrollar esta tarea, un conjunto diverso de intelectuales, filósofos e historiadores puede proporcionar una útil guía de trabajo y de reflexión.

Por lo pronto, podemos utilizar como punto de inicio las referencias de Antonio Gramsci cuando en sus *Cuadernos de la Cárcel*, y a partir de su análisis sobre el Partido Comunista Italiano, analiza el papel de los partidos políticos, prescindiendo del análisis meramente institucionalista para en cambio dar cuenta de un determinado grupo social, en sus relaciones con el Estado y en sus pautas operativas internacionales. Para este político e intelectual italiano, escribir la historia de un partido no será otra cosa que escribir la propia historia de un país, evaluándose la importancia alcanzada por dicha organización de acuerdo al peso específico y la influencia alcanzadas en la sociedad en la que se conformó y actuó. Por lo mismo, analizar a los partidos como el comunista requiere de antemano el apartamiento de las visiones sectarias y esotéricas para recaer, siempre, dentro de las perspectivas históricas en las que estas organizaciones cifraron su actuación y cobraron pleno sentido político, social y cultural. Por su

parte, también Perry Anderson nos proporciona algunas consideraciones para el estudio de los partidos comunistas. Se refiere, en primer lugar, a su historia política interna, es decir, a la progresión del número de afiliados, a la lucha de tendencias, los cambios de línea y los conflictos organizacionales. Estudios en los que trata de esquivar en todo momento la visión simplista de la lucha de liderazgos únicamente como una puja entre caudillos, sin percibir en cambio las importantes derivaciones políticas, sociales y culturales suscitadas a partir de éstas. Según este historiador inglés, se trata entonces de ver al Partido Comunista a partir de su aspiración a situarse como equilibrio nacional entre diversas fuerzas, resaltando sus relaciones fundamentales con la clase obrera, pero también con la burguesía, el gobierno, los intelectuales, los artistas, etc. De otro británico, Edward P. Thompson, a partir de sus aportaciones en su conocida obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de 1963, podemos rescatar la idea de la cultura política nacional como una expresión de la historia del Partido Comunista en el que la historia social y política coincide con la clase obrera nacional, sin que por demás ésta tenga una “centralidad” o “misión histórica” excluyente. Lo mismo con relación a las apreciaciones de Eric Hobsbawm, quien en línea con el pensamiento gramsciano, se refería al desenvolvimiento histórico del Partido Comunista a partir de su relación con la tradición y con la cultura nacional.

84

Podemos también estar convencidos de que nuestros conocimientos sobre la Comintern, y sobre sus espacios de interlocución con los diversos partidos comunistas, progresarán significativamente si entre otras cuestiones atendemos a aspectos y problemáticas generalmente descuidadas en los estudios sobre esta materia. En este sentido, vale la pena reflexionar en torno a las prácticas políticas, la militancia y, más generalmente, a las trayectorias biográficas de dirigentes, cuadros y activistas. Sin embargo, y a partir de los escritos oportunamente realizados por el sociólogo francés Pierre Bourdieu, resulta conveniente remarcar la necesidad de que los estudios biográficos no se constriñan a enfoques centrados en el individualismo metodológico. Por el contrario, estos estudios debieran producirse desde miradas más amplias, que pongan el énfasis en lo social y en el contexto político, tal como se esboza en los proyectos de biografías colectivas, ideales para avanzar en la construcción, por ejemplo, de la figura social de los militantes. Dado que resulta una forma válida para averiguar en torno a las formas colectivas de adhesión (por ejemplo, respecto a la conciencia de clase, la identidad partidaria, etc.), el enfoque biográfico puede resultar muy útil en la observación del funcionamiento organizacional en el mundo comunista en áreas como las de difusión ideológica, o para comprender los debates sobre los cambios estratégicos en la línea política (como tuvo lugar a fines de los años veinte cuando las entidades comunistas entraron de lleno en lo que se conoció como el Tercer Período, o fase de lucha de “clase contra clase”).

Por otra parte, y desde el campo de la sociología política y de las organizaciones, otro elemento que sin duda debería concitar la atención de los investigadores es aquel corres-

pondiente a la vida interna dentro de los partidos comunistas, dentro del campo, en crecimiento, de los estudios sobre las formas partidarias. Se convierte entonces en objeto de análisis a los procesos de toma de decisión, con relación a la difusión de información y el funcionamiento y operatividad de las reuniones políticas y, principalmente, a partir de la identificación de los *locus* en la toma de decisiones y en los sitios del poder. En un espacio limítrofe con el anterior, se puede pensar también en la especificidad de los grupos dirigentes, ya sea en sus mutuas vinculaciones y asociatividades así como también en las formas de funcionamiento y su apego real a las normas reglamentarias. Se trata en definitiva de comprender cómo fueron estructurados los lazos entre las cúpulas dirigentes y las bases partidarias a partir de la condensación de una cultura e ideología comunista en común, compartida por toda o una gran parte de la organización.

El proceso de nacionalización y de internacionalización de los partidos comunistas constituye un elemento de fundamental importancia para comprender su influencia en la sociedad y a nivel político. No basta hoy sólo con analizar el archivo relativo a determinado partido comunista, sino que para enriquecer la mirada interrogativa debería además revisarse la documentación de otros partidos, afines y satélites. En este sentido, y en el caso latinoamericano, el análisis sobre el Partido Comunista de Cuba en los años veinte y treinta se enriquecería ampliamente con la interpretación del material existente en México; así como toda investigación sobre el Partido Comunista de Argentina en la misma época, requiere para una mejor comprensión de sus características, la interpretación del material sobre sus pares de Uruguay y Chile. Vinculado a lo anterior, y en el nivel de análisis temporal, es necesario pensar en la periodización del comunismo de manera compleja, ya que el esquema usual utilizado hasta ahora, de internacionalización en el origen y de nacionalización de las organizaciones específicas se ha convertido en una forma obsoleta de comprensión de esta realidad histórica (Wolikow, 2007: 39).

Tampoco podemos descuidar aquellos hechos, acontecimientos y procesos que tuvieron un verdadero y profundo impacto sobre el movimiento comunista de la época, y particularmente, sobre el latinoamericano. Un ejemplo clave en este sentido es el constituido por la Guerra Civil Española y, a partir de allí, la intervención soviética, la participación de activistas de varios países latinoamericanos (principalmente, México, Cuba y Argentina); el papel cumplido por los intelectuales y artistas en la lucha antifascista; la conflictiva relación con otras corrientes de izquierda (socialistas, anarquistas y trotskistas), así como con liberales y republicanos; las repercusiones en otros países europeos en el contexto del avance de la ultraderecha y los preparativos de la Segunda Guerra Mundial, etc. Se trata entonces de abordar todo un complejo cuadro de relaciones de fuerza políticas, sociales y culturales, a partir de una circunstancia puntual pero de inconfundibles efectos globales.

El estudio del partido comunista con relación al movimiento obrero local y con las organizaciones de izquierda en un plano nacional y dentro de un sistema partida-

rio obliga también a tomar en consideración algunos elementos y factores que sin duda contribuirán a robustecer las investigaciones que de aquí en más se lleven adelante. En primer lugar, se trata de insertar a la organización y a la actividad de los comunistas dentro de conjuntos más vastos, tales como el movimiento obrero y, en general, el campo político, social y cultural de la izquierda. Se vuelve necesario asimismo identificar las formas en que la organización comunista podía llegar a ejercer su influencia en diversas capas y sectores del movimiento laboral.

Otro elemento a ser tomado en cuenta en esta agenda de investigación en progreso se refiere al plano del impacto cultural asumido por el comunismo. Nos referimos con esto a las formas identitarias asumidas por sectores obreros, pero también a aquellas expresiones y formas culturales reivindicadas por las clases medias y sectores liberales vinculados de distinto modo con los partidos comunistas. En un sentido similar, resulta enriquecedor analizar las vinculaciones a veces explícitas, a veces ocultas, establecidas entre los comunistas y distintos grupos y vanguardias culturales y artísticas: se trata en este caso de ver cómo una forma determinada de comprender y de transformar al mundo fue reflejada en la pintura, la literatura, el teatro, el cine, así como también revisar los debates que las diversas corrientes de raigambre obrera o proletaria generaron en el seno de las organizaciones comunistas.

Por último, y en un sentido mucho más amplio y general, debería ser tarea de los historiadores entender al comunismo no sólo como una forma política muchas veces determinante en los sectores trabajadores de las décadas de los veinte a los cuarenta, sino más aún como plena expresión cultural. Importan aquí las formas populares asumidas por la poesía proletaria o por los corridos en México y los tangos en el Río de la Plata, por tan solo dar algunos pocos ejemplos. Finalmente, una cuestión no menor fue la vinculación establecida entre los partidos comunistas y diferentes grupos étnicos, religiosos y de género, la que dio lugar a hibridaciones de diverso tipo, como grupos de mujeres comunistas o de judíos revolucionarios o de indígenas consustanciados con los valores del socialismo, tal como por ejemplo se expresó en la literatura del peruano José Carlos Mariátegui.

Reflexiones finales

En el plano de las conclusiones debemos recordar, una vez más, la necesidad de plantear desde un inicio una metodología, no escindida sino siempre en función de la teoría, para dar cuenta del acervo de la Comintern. Sin caer por ello en la exaltación de sus presuntas revelaciones, así como tampoco en el objetivismo académico que considera al material de archivo como autosuficiente y sacralizado, dos de los principales pecados con los que los historiadores suelen enfrentarse a la hora de revisar viejos papeles y documentos. Por lo mismo, no rehuir el estudio de todo este acervo documental

y, menos aún, la vida y la época del comunismo cominternista, desde una visión que no sea totalizante. Recordando al Lukacs de *¿Qué es el marxismo ortodoxo?* podemos estar convencidos de que si esta realidad resulta parcializada, a partir de ella no terminaríamos de comprender la visión universalizante que, como buenos marxistas, desde un principio tuvieron los activistas del comunismo. Por estos motivos, con toda su complejidad y las dificultades del caso, debemos asumir que la historia del comunismo, debería ser útil para revisar uno de los períodos más significativos de la historia de la humanidad, con sus aciertos y sus errores, y no para repartir premios y castigos.

Podemos afirmar asimismo, que para el caso latinoamericano la investigación histórica en torno al comunismo resulta útil, a partir de una amplia perspectiva, como intento para la comprensión general del siglo XX. Así, con la participación del comunismo en la escena política resulta más significativa, por ejemplo, la extensión de la ciudadanía a amplios sectores de la población que hasta entonces permanecían al margen, directamente ignorados de cualquier programa de gobierno. En este sentido, la aparición y rápida difusión del comunismo como ideología, hace ya casi un siglo, marca una nueva etapa en la historia de nuestra región: aquella de la entrada de las masas, de forma progresivamente organizada bajo crecientes estructuras políticas y sindicales de clase, con sus propias reivindicaciones y en busca de sus propios beneficios y logros. No sin contradicciones y ambigüedades, con el comunismo finalmente se hicieron presentes en la escena política aquellos sectores hasta entonces únicamente considerados desde posiciones excluyentes y de plena subalternidad.

Sin embargo, sería un error asumir el peso y la influencia ideológica y doctrinaria de la Comintern como determinante, en todo lugar y en todo momento, de la vida política de los distintos partidos comunistas latinoamericanos, considerados entonces apenas organismos-títeres sin mayor arraigo nacional. En este sentido, vale la pena revisar una vez más, a la luz del nuevo material disponible, la historia del Partido Comunista de Argentina, tradicionalmente criticado por su presunto extranjerismo dada su composición social (con un peso importante de inmigrantes de origen español, italiano, ruso y polaco) y por la fidelidad a Moscú demostrada en todo momento por sus principales dirigentes. Así, se podrá percibir en cambio que la denostación por su condición foránea fue más bien un ataque por parte de las clases dominantes locales y de otras organizaciones de la izquierda, principalmente, del Partido Socialista.

Al mismo tiempo, es difícil negar ya a estas alturas la perspectiva internacionalista asumida por las organizaciones comunistas latinoamericanas, sobre todo, desde fines de la década de los veinte, y a partir de las crecientes intenciones depositadas en ellas por la Unión Soviética. Por esta misma época, nuestra región comenzó a ser considerada por los Estados Unidos y otras potencias imperialistas como un amplio espacio al que había que intentar dominar en busca de mercados oportunos y a fin de no padecer enormes complicaciones a mediano plazo. América Latina continuaría siendo el “patio trasero”, aunque a partir de entonces no siempre desde una pos-

tura sumisa y pasiva: el comunismo, como ideología y como práctica militante contribuyó en mucho a la creciente toma de conciencia regional. Al fin y al cabo, y como lo pensaron los fundadores del comunismo latinoamericano en los años veinte y treinta, el modelo inspirado por la Unión Soviética no era tan lejano, pese a las inculcables diferencias políticas, culturales y lingüísticas.

Bibliografía

- Anderson, Perry (1984). "La historia de los partidos comunistas". En *Historia popular y teoría socialista*, Rapahel Samuel (Comp.): 150-168. Barcelona: Crítica.
- Bourdieu, Pierre (1978). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo Veintiuno.
- Courtois, Stéphane (Coord.) (1999). *El libro negro del comunismo*. Barcelona: Espasa Calpe/Planeta.
- Crespo, Horacio (2007). "Para una historiografía del comunismo: algunas observaciones de método". En *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (Coord.): 69-92. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM.
- Dreyfus, Michel, (Coord.) (2004). *Le siècle des communismes*. Paris: Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières.
- Gramsci, Antonio (1995). *Cuadernos de la Cárcel*. Tomo 5. México: Ediciones Era.
- Jañets, Lazar, Víctor Jañets y Peter Huber (2004). *La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico*. Moscú: Instituto de Latinoamérica de la Academia de Ciencias/Ginebra: Institut pour l'Histoire du Communisme.
- Kersffeld, Daniel (2011). *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*. México: Siglo Veintiuno.
- Lukacs, Georg (1997). *Historia y consciencia de clase*. Madrid: Altaya.
- Otto, Vargas (1999). *El marxismo y la revolución argentina*. Buenos Aires: Ágora.
- Spencer, Daniela (2009). *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*. México: CIESAS.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Wolikow, Serge, director (1996). *Une histoire en revolution? Du bon usage des archives de Moscou et d'ailleurs*. Dijon: EUD.
- Wolikow, Serge (2007). "Historia del comunismo. Nuevos archivos y nuevas miradas". En *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (Coord.): 27-39. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/UNAM.